

DOS POETAS PARALELOS: MIGUEL DE UNAMUNO Y RUBEN DARIO *

POR

MIGUEL ENGUIDANOS

No sé a cuántos lectores sorprederá todavía el título de este ensayo. ¿Miguel de Unamuno y Rubén Darío, poetas paralelos? Obviamente se me dirá, al hablar de Rubén Darío, claro está que nos referimos al poeta, pero ¿y al hablar de Miguel de Unamuno? ¿Puede llamarse poeta a quien se ha volcado de manera tan enérgica y abundante en el ensayo y la novela? ¿Puede llamársele poeta al filósofo de la angustia? ¿No son, además, Miguel de Unamuno y Rubén Darío precisamente las personalidades más dispares que cabe encontrar en la literatura hispánica moderna? ¿Por qué, pues, comparar dos autores de voz disonante y de horizontes antípodos? ¿Será acaso por confundir y por querer jugar al juego de las paradojas y de la herejía académica, tan querido de don Miguel?

Concédame el lector un mínimo margen de confianza y verá que no son efectismos, ni malabarismos lo que ando buscando. Quienes estén al corriente de estas cuestiones, pues hoy se habla y se escribe abundantemente sobre ellas (llámense esas cuestiones: Unamuno, Rubén Darío, modernismo, generación del 98, etc.), no se sorprenderán de mi anunciado propósito y pensarán que lo que voy a hacer es, ni más ni menos, que insistir, con Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís, Ricardo Gullón y otros, en la idea de que el modernismo es una época, un segundo renacimiento, de sentido universal y de repercusiones muy hondas en todos los aspectos del vivir contemporáneo. De ser así, no parecería ya tan raro un posible paralelismo Unamuno-Darío. Pero, como es bien sabido, a esa definición del «modernismo» oponen otros (Pedro Salinas, Max Henríquez Ureña, Guillermo Díaz-Plaja, etc.) la idea de que el modernismo es una de las vertientes literarias de la época, a modo de revolución que comienza en Hispanoamérica alrededor de 1880 y termina en los años finales de la primera guerra mundial. En esta interpretación del modernismo se limita y se aplica el concepto sólo a aquellos escritores que siguieron las

* Agradezco a la Fundación Guggenheim y a la Universidad de Indiana la ayuda económica que me prestaron para escribir el volumen de trabajos darianos de que forma parte este ensayo.

pautas de la poesía parnasiana francesa y escribieron predominantemente una poesía colorista, rítmica y sonora en extremo, de carácter impresionista y exotista.

Aunque no puedo negar que mis preferencias se inclinan por la primera de las dos definiciones de modernismo, definiciones aún en pugna, no quiero entrar en la debatida polémica. Quisiera, sencillamente, explorar otro derrotero. Quizá no tan viable, ni tan *actual*, pero que a mí me parece ya imperativo. Hace tiempo que nos viene preocupando, a unos cuantos, más que tratar de dibujar los rasgos generales de una época para ver cómo éstos informan el espíritu individual de las grandes figuras creadoras del período, el tratar de entender cómo los rasgos peculiares, únicos y las decisivas acciones de los hombres singulares transforman, le dan forma y carácter, al mundo plural que les rodea. Sin dejar de estudiar lo que fue el espíritu de época, sin perder de vista la imagen de conjunto, hay que ampliar y estudiar en detalle las imágenes individuales que se mueven para componer la estampa —o película cinematográfica, como ya nos atrevemos a decir hoy con más exactitud— de lo que pudo ser la vida en un *entonces* y *allí* ya idos y consumidos. Hay, además, que completar la visión «cinematográfica» de los primeros planos individuales con intentos de exploración profunda o radiográfica en el hondón de las conciencias; y perdóneseme lo tosco de este metaforizar tan tecnológico, tan del tiempo.

Tarea larga y difícil nos espera. Llena de innumerables trampas y de obstáculos desconocidos. Tarea exploratoria del nuevo mundo de la persona, comparable en cierto modo a la ya comenzada por los astronautas en la exploración del universo exterior. Si éstos se estremecen ante los misterios del espacio ultraterrestre, a nosotros, a los estudiosos del hombre, a los que pomposamente nos atrevemos a llamarnos «humanistas», nos corresponden los miedos e incertidumbres del viaje por los abismos interiores de la conciencia humana. Sobre todo debemos explorar las existencias de quienes entre los hombres se propusieron, viajando hacia adentro, sin más cohetes o máquinas que la imaginación, encontrar el secreto de nuestras angustias y de nuestras esperanzas. Mucho, casi todo, nos parece que está por hacer, a pesar de lo mucho —¡ay de las bibliografías!— que parece haberse hecho. Bueno será, pues, que vayamos arañando las envolturas exteriores de la cada vez más incógnita hondura del existir.

Hay que empezar muy modestamente. Quizá baste, por ejemplo, con destacar y dejar que brillen con luz propia ciertos momentos de la aventura existencial de poetas como Rubén Darío y Miguel de Unamuno, procurando que los momentos elegidos sean verdaderamente iluminadores y que estén cargados de la máxima intensidad vital. Como

yo parto del supuesto de que ambos poetas aquí considerados fueron poetas por excelencia, intentaré de momento tender dos líneas paralelas que unan los puntos iluminadores escogidos y muestren la trayectoria, el ritmo y movimiento, de lo que importa en sus vidas por encima de todo, es decir, de su empeño por trascenderse, por crear poesía. Ambas líneas vitales habrá que aceptarlas, sin embargo, como lo que son, como pura metáfora geométrica del sucederse de dos vidas en el tiempo y en el espacio. Imperfecta y simple es hoy la vieja geometría, hasta para los matemáticos, que tanto saben de esa vieja poesía lineal. Imperfecto será, pues, nuestro juego metafórico. De todos modos no puedo dejar de recordar la elemental definición de «paralelas» que aprendíamos en nuestras primeras lecciones de la geometría del maestro Euclides: «Líneas paralelas son alineaciones de puntos que corren en una misma dirección, y que nunca se encuentran, como no sea en el infinito». ¡Buena lección para críticos literarios, sobre todo para ciertos comparativistas buscadores de analogías temáticas! Quizá el paralelismo de las vidas de nuestros poetas, oficialmente dispares y hasta antagónicos, pueda tenderse ante nuestros ojos como las misteriosas líneas, invenciones o intuiciones euclidianas. Quizá quienes viven sus vidas con andadura dispar, pero con la misma intensidad e intención, y hasta con el mismo aire, lleguen a coincidir en el vértice imposible del infinito. (¿Imposible?, preguntarán riéndose de nosotros los poetas y el geómetra.)

Mas por este camino no acabaríamos nunca. Nuestro esfuerzo imaginativo debe dirigirse hacia el ámbito y trayectoria de los poetas durante los años en que sus existencias esforzadas coincidieron sobre este planetilla en el que aún vivimos nosotros: Unamuno, de 1864 a 1936; Darío, de 1867 a 1916. Premuras y estrecheces espacio-temporales me obligan a concentrar la visión de las paralelas en varios de sus puntos más significativos. Debo prescindir también de una nota erudita que aquí sería pertinente. Me refiero a la necesidad de exponer la historia de las relaciones personales y literarias entre los dos escritores. Baste recordarle al lector que existen ya trabajos como los de Jerónimo Mallo («Relaciones personales y literarias entre Darío y Unamuno», en la *Revista Iberoamericana*, vol. IX, núm. 17); Philip Metzidakis («Unamuno frente a la poesía de Rubén Darío», en la *Revista Iberoamericana*, vol. XXV, núm. 50); Antonio Oliver Belmás (*Este otro Rubén Darío*, Barcelona, Editorial Aedos, 1960); Manuel García Blanco (*América y Unamuno*, Madrid, Gredos, 1964), y Julio César Chaves (*Unamuno y América*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964). En ellos se relatan y valoran desde distintos puntos de vista las relaciones, no siempre cordiales, entre los dos grandes escritores: encuentros persona-

les breves, casi por accidente, en Madrid, proyectos nunca realizados de Darío para ir a Salamanca, imposibilidad casi física de un encuentro verdadero a pesar de las cartas que se cruzaron y de las páginas de crítica que se dedicaron mutuamente.

Un aspecto de las relaciones entre Darío y Unamuno es imprescindible subrayar para el buen desarrollo de este ensayo. Me refiero al hecho, bien conocido, de que fuese precisamente el poeta nicaragüense el primero que reconoció y proclamó el secreto último de la obra de don Miguel, que no es otro que su hondísima calidad y condición poética. Rubén Darío, como se sabe también, poseía una inteligencia crítica de primer orden, y fue él quien, al publicarse el primer libro de versos de Unamuno (*Poesías*, Madrid, 1907), envió a *La Nación*, de Buenos Aires (1909), un trabajo titulado «Unamuno, poeta», en el que se anticipaba un juicio que iba a prevalecer muchos años después. No sólo en los primeros poemas de Unamuno, sino en sus ensayos, relatos y novelas, vio Rubén Darío, quizá antes que nadie, al «escultor de niebla y buscador de eternidad», es decir al poeta por antonomasia. Baste una cita de tan excelente escrito:

Si le fuera posible cantaría únicamente en una música interior que no pudiese ser escuchada fuera, tal como el sonar de esas fuentes subterráneas cuyo cristalino ruido de aguas halla tan sólo repercusión en lo cóncavo de las grutas esculpidas de estalactitas. Lo que resalta en este caso es: la necesidad del canto... La necesidad del canto: el canto es lo único que libra de lo que llama Maeterlinck lo trágico de todos los días. A medida que el tiempo pasa y a pesar del triunfo de los adelantos materiales, la omnipotencia órfica se acentúa y se hace cada vez más invencible... El canto, quizá duro, de Unamuno me place tras tanta meliflua lira que acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en lo infinito.

Difícil es superar tan acertado juicio crítico, tan profunda comprensión. No le pagó, sin embargo, Unamuno a Rubén Darío con la misma moneda. Al menos en cuanto a la apreciación de la obra del nicaragüense se refiere. Fue por la persona, por la hazaña cultural de Rubén, por quien sintió don Miguel el verdadero afecto. No hay mejor prueba que el homenaje póstumo que publicara éste en *Summa*, de Madrid (1916) titulado «Hay que ser justo y bueno, Rubén». No cabe reproducirlo aquí, pues estas líneas incidentales, en lugar de nota al pie, van alcanzando ya proporciones intolerables. Vale, sí, decir que Unamuno, más que no entender la poesía de Rubén Darío —por quien llegó a sentir verdadero afecto— no la oía, no la sentía, o no la quería oír.